

libre ejercicio de su religion, y no solo para ellos mismos, sino tambien para los habitantes de Nimes y de Montalban, que eran sus principales cómplices, y para los señores de vasallos que no hubiesen abjurado. Además de esto, se prometió que nadie seria inquietado con motivo de religion, ni aun por haber dado palabra de abjurar; que todos los que habian tomado las armas por esta causa, y especialmente los ciudadanos de las tres ciudades que se acababan de nombrar, serian puestos en posesion de todos sus bienes, y que se les declararia fieles vasallos del rey. Tal fué el éxito de un sitio que con el de Sancerre, que se seguia al mismo tiempo, costó cuarenta mil hombres y una suma de dinero tan prodigiosa, que quedó el reino mas agotado con esta guerra de ocho meses, que con todas las precedentes.

Recayó la venganza sobre la desgraciada ciudad de Sancerre, que no habiendo sido comprendida en el tratado, sino en cuanto á la libertad de conciencia, pretendió tambien el ejercicio público del calvinismo. Padió por espacio de dos meses todas las calamidades que pueden imaginarse, no tanto con motivo del hierro ó del fuego, como del hambre. La carne de los animales mas inmundos era un regalo aun para los ciudadanos opulentos. El pueblo no comia mas que los pellejos de los mismos animales, ó pergaminos remojados en agua, con un poco de paja molida y sebo, ó grasa corrompida. Se llegó al extremo de comer carne humana. Un padre y una madre desenterraron á su hija que acababa de morir, y se la comieron: cuyo delito fué sin embargo castigado con la muerte. En fin, obligada la ciudad á rendirse, se la impuso una contribucion muy grande, se la privó de todos los honores municipales, y quedó desmantelada; pero se perdonó al pueblo (1573).

Se apresuró la corte á concluir esta guerra para no descubrir el oprobio é infelicidad de la Francia á los embajadores de Polonia que habian ido á buscar á su nuevo rey, el duque de

Anjou. El obispo herege de Valencia del Delphinado, el intrigante Montluc, era el que, aunque con mucho trabajo, habia negociado esta eleccion, que llamaba á un príncipe de la casa Real de Francia á ceñir una noble corona. Pero alentada la reina madre, segun dicen, por un astrólogo que la habia predicho que todos sus hijos serian reyes, allanó las dificultades á fuerza de dinero. Entretanto, habiendo sido acometido Carlos IX de una enfermedad peligrosa, repugnó la reina con el mayor empeño la marcha de su hijo el duque de Anjou, á quien miraba con señalada predileccion. Discurrió todo género de pretextos para detenerle en Francia cuanto fuese posible, y habiendo llegado la hora de ponerse en camino, le acompañó hasta Lorena, con una comitiva numerosa, que observó cuán doloroso le era separarse de un hijo tan amado. Le estrechaba en sus brazos, y no podia desprenderse de él, mostrándole la mayor ternura, é inundándole con sus lágrimas. En fin, algunos cortesanos de los que iban mas cerca, oyeron que le decia por última despedida: «Anda, hijo mio, que no estarás por allá mucho tiempo.» Estas palabras dieron despues motivo para hacer muchas reflexiones, aventuradas sin duda alguna, pero que manifiestan el concepto que se habia formado de aquella reina y las iniquidades de que se la creia capaz.

Postrado el rey por la enfermedad que por último le quitó la vida, no se puede imaginar una suerte mas triste que la de este jóven príncipe. En vez de los consuelos que no se niegan ni aun á las personas mas comunes, experimentó indiferencia en su familia, aversion en sus pueblos, fermentaciones y turbulencias alarmantes al rededor del trono. Rey verdaderamente digno de compasion, y para el cual sin embargo parece que la historia solo tiene palabras de vituperio, como si aquel jóven corazon, dominado por los artificios de una madre imperiosa, hubiera concebido y abrazado por sí el pensamiento de la catástrofe que de una

manera tan funesta señaló su reinado; como si fuera justo y leal hacer á Carlos IX personalmente responsable de una medida que al fin y al cabo no veia él sino como un medio, terrible sí, pero necesario, de preaver calamidades muy de otro modo generales en su objeto y fatales en sus consecuencias! Esta medida, la permitió, para evitar, á lo que él creia, la pérdida de su autoridad y aun de su vida, amenazada por la rebelion de los calvinistas; pero no se toman en cuenta las circunstancias en que se encontró, y los asedios de que fué objeto, y solo se reserva la compasion para aquellos cuyos crímenes provocaron su rigor. Mas justo será compadecernos á este jóven príncipe mas desgraciado que culpable y que abrumado prematuramente por la enfermedad no pudo empuñar con mano firme las riendas del Estado. Introducida la division en la familia Real entre la madre y los hijos, no poniendo límites los grandes al espíritu de faccion, ni los pueblos á sus murmuraciones y alborotos, vióse interrumpido el comercio en todo el reino, desapareció la policía de las ciudades y en vez de seguridad en los caminos no habia mas que públicos latrocinios y todos los desórdenes de la anarquía. En fin, Carlos IX nombró á su madre por gobernadora á 30 de mayo de 1574, y murió en el mismo dia, antes de cumplir los veinticuatro años.

El rey de Polonia salió de aquel reino á los trece meses despues de su eleccion, y á los cuatro de haber tomado posesion de él, para venir á ocupar el trono que heredaba de su hermano; pero no hizo este viaje como soberano de dos Estados poderosos, sino mas bien como un fugitivo, y como un preso que se escapa de la cárcel. Desapareció de noche, y en menos de dos dias se puso en territorio de Alemania, dejando espuestos al resentimiento de los polacos á los franceses que no habian podido hacer la misma diligencia. Para justificar esta precipitacion, alegó la necesidad de evitar las turbulencias de su nuevo reino; pero

cuando se le vió emplear tres meses en los varios pueblos del tránsito que le ofrecian algun placer, no dudó nadie de su verdadero modo de pensar, y se presumió desde luego cuál seria en el trono el héroe prematuro de Montcontour. En efecto, solo pareció digno del imperio mientras no reinó. No podia comprenderse su carácter, pues en ciertas cosas era superior á la misma dignidad Real, y en otras se le hallaba inferior aun á los hombres mas comunes.

Enrique III, hermano y sucesor de Carlos IX, tenia un género de talento que hizo incierta su conducta y alejó de él la confianza de la nacion (1). Segun dice uno de sus ministros mas queridos, estaba dotado de una comprension viva, pero de un juicio erróneo; y asi es, que mostraba un ardor estremo para emprender un proyecto, y ninguna habilidad en elegir los medios de ejecutarle. Tenia además grande opinion de su capacidad, y despreciaba altamente los consejos de todos aquellos que no gozaban de su favor; porque cuando amaba á alguno, no sabia pensar por sí mismo, y parecia un autómeta movido segun el capricho del favorito. Habia heredado de su madre el gusto de embrollar todos los asuntos, buscando siempre los medios mas complicados, los mas oblicuos y los mas á propósito para inspirar desconfianza. No le faltaba valor, pero era solamente en el momento de la accion; fuera de este lance, estaba dominado de una pereza que le hacia incapaz de resistir á los obstáculos y de soportar los trabajos. Toda su actividad la empleaba en los placeres, en el adorno afeminado de su persona y de sus favoritos, en el aparato y pompa de las ceremonias, en enredos y en aventuras indignas, no solo de un soberano, sino de cualquiera hombre bien nacido.

Por desgracia era muy acomodada la si-

(1) Mem. de Nevers, t. 1; Chiv. p. 212; Matth. l. 7, p. 418.

tuacion de la corte á las disposiciones del monarca. Venia á ser entonces el Louvre una escuela abierta á toda la nobleza del reino, la cual se ejercitaba los dias enteros en jugar á la esgrima, en luchar, en correr, en saltar una barrera ó una profundidad peligrosa, y en tirar con primor un pistoletazo ó una estocada (1). En medio de estos ejercicios violentos, que podian tener alguna utilidad, no se habia mas que de duelos y galanterías, de expediciones arriesgadas, de empresas temerarias y locas, de escalar una pared, de saltar por encima de un foso, de forzar un asilo, de matar y de incendiar. Hacian juramento de no abandonarse unos á otros, de correr la misma fortuna, de que fuesen comunes sus bienes y sus males, y el rey era el primero que tenia á mucho honor contar un gran número de campeones adictos á su persona. Como la corte carecia de las primeras ideas del decoro, ó á lo menos eran estas muy diferentes de las nuestras, era bastante comun ver al rey con sus cortesanos ir á la boda de una aldeana, correr por ferias y mercados, bailar y loquear por las calles y plazas públicas, insultar á los espectadores y á los que iban de paso, y sufrir ellos mismos mas de una vez los insultos y silvidos del populacho. Fácil es discurrir cuántos desórdenes se cometerian en aquellas correrías; y lo mas particular es, que despues daban materia á las conversaciones mas interesantes del Louvre.

A estos sucesos tumultuarios se seguian actos de religion no menos ruidosos, misas cantadas y ayudadas por aquellos jóvenes atolondrados que afectaban todas las señales exteriores de la piedad, largas y pomposas procesiones, y frecuentes peregrinaciones, porque el grito de la conciencia no dejaba de clamar contra su estravagante disipacion. Se creia satisfacerla con testimonios de penitencia, al tiempo mismo que seguian entregándose á

(1) Mem. de Margar. de Bouillon, de Montluc, de Brantome, etc.

sus placeres; alternativa de desórdenes y de arrepentimiento que por lo menos, y cualesquiera que fuesen los esfuerzos de las pasiones, prueba que aun habia fé en los corazones. Los astrólogos ó adivinos, llamados del otro lado de los montes por Catalina de Médicis, corrompian las ligeras costumbres de la corte, mezclando en ella sus supersticiones; pero los maleficios, los filtros y talismanes, que la credulidad pedia á estos ávidos charlatanes, eran el recurso de los débiles; las almas que se tenian por generosas, empleaban la violencia abierta y el asesinato para satisfacer sus irritadas pasiones, sin ningun respeto á los lugares ni á las cualidades de sus victimas. El duque de Guisa persiguió con espada en mano á un caballero hasta la antesala del rey. El favorito Villequier dió de puñaladas, por causa de celos, en medio del Louvre, á su muger, que estaba embarazada de dos criaturas (1). Desdenándose las mugeres de las leyes de la antigua galantería y aun del heroismo caballeresco, exigian pruebas de un cariño que rayase en frenesí. Era cosa honrosa é indispensable presentarse, á la primera señal de un ídolo imperioso, delante de un furioso toro ó de un leon rugiente, arrojarse en un rio sin saber nadar, y abrirse las venas con un puñal para demostrar que no costaria dificultad derramar por ella hasta la última gota de sangre. Ya se deja conocer cuál seria el premio de semejantes sacrificios, con perjuicio del pudor y de los vínculos mas sagrados. De aquí los celos, el espionaje, las confianzas y las delaciones, la discordia y las turbulencias que deshonraban á la misma familia Real. Tales eran las disposiciones de la corte y del príncipe, cuando llegó Enrique III á ocupar el trono; y nada prometian que no fuese funesto al Estado y á la Religion. Cuando no hay ejemplos de virtud, de honradez, ni aun de decencia en los gefes de la nacion, el primer choque trae con-

(1) Brant. t. 7.

sigo inevitablemente la catástrofe. Los sucesos siguientes harán palpable esta verdad de experiencia.

En unos tiempos tan criticos para la Religion, apenas estaba el imperio mejor gobernado que la Francia. Rodulfo II, que sucedió en 1576 á su padre Maximiliano II, era tan indolente, que perjudicó con su desidia á los intereses de su casa, no menos que á los negocios del Estado; y así permitió que su hermano Matias capitanease á los flamencos rebelados contra su tio, el rey de España. Rodulfo fué de una absoluta nulidad para el bien del Estado y de la Religion. En su largo reinado de treinta y seis años no se le vió presentarse de tarde en tarde en la escena sino para sufrir con indiferencia las afrentas y para dar lugar á que le fuesen despojando sucesivamente de sus varias coronas.

Entretanto, desde el principio del reinado de Enrique III, la muerte arrebató al célebre cardenal Carlos de Lorena, prelado ilustre de quien aun algunos historiadores poco favorables á la casa de Lorena han dicho que prestó grandes servicios á la Francia y á la Iglesia; prelado animado principalmente de un santo y admirable celo por la conservacion de la fé ortodoxa y cuya muerte por lo tanto no pudo menos de regocijar á los calvinistas al paso que contristaba á los católicos. ¿Cómo los fautores de la insurreccion contra la autoridad del Soberano Pontífice y del rey, cómo los enemigos de la Religion y de la patria no habrian recibido con transportes de júbilo la noticia de la muerte de este grande hombre cuya penetrante mirada habia descubierto sus proyectos y cuyo genio habia encontrado el remedio á los males que amenazaban á la Iglesia de Francia? En efecto, desde 1560 habia propuesto Carlos de Lorena el establecimiento de la inquisicion en Francia, mostrando que este medio habia preservado constantemente al Portugal, á la España y á la Italia de la calamidad de las guerras civiles en que la heregia tenia sumergido á lo restante de

Europa. En Trento, donde se presentó luego con brillo en las asambleas del concilio, animado siempre de la idea de que era inútil toda tregua con unos fanáticos rebelados, habia concebido el plan de la Liga para defender la fé católica, y los hechos probaron luego que era mucho mejor político que el canciller de l'Hospital. Su máxima era la de Platon y de los mas célebres filósofos antiguos y modernos: á saber, que en un Estado no debe haber mas de un solo culto y que este culto debe ser el verdadero; que esta es una ley fundamental y constitucional; que la Religion deja de ser eficaz desde el momento que los ciudadanos se persuaden de que toda Religion es buena; que solo puede uno estar adherido á una Religion esclusiva. Indudablemente era amante de las ciencias, y de los que se distinguian en ellas, como lo manifestó hasta el fin de su carrera, fundando, un año antes de su muerte, la universidad de Lorena, y poniéndola á cargo de los jesuitas. Tambien habia fundado ya la de Reims. Fué acometido de la enfermedad que acabó con él (1574), estando en una procesion de penitentes, establecida en Francia por el rey, á ejemplo de las que habia visto al pasar por Aviñon cuando volvia de Polonia. La singularidad del espectáculo era muy análoga al gusto de aquel príncipe. Llevaban los penitentes encima de su vestido ordinario una especie de saco, ajustado al cuerpo por la cintura con una cuerda, de la que colgaba un rosario con cuentas gordas, con calaveras y unas disciplinas, y se ponian en la cabeza una capucha que les cubria toda la cara, menos los ojos, pues en el paraje correspondiente á ellos se habian hecho dos agujeros para dejar la vista libre. Habia penitentes blancos, negros, azules y verdes, llamados así por el color de los sacos. El rey era gefe de los blancos, y el cardenal de Lorena de los azules. Todos los grandes, sin exceptuar al rey de Navarra, se apresuraban á tomar parte en estas devociones por complacer al monarca.

Mientras los franceses católicos deshonoraban su fe con sus desórdenes, los sectarios que triunfaban con este motivo, recibieron una humillacion sensible de los griegos, á quienes querian atraer al partido hereético por medio del cisma y de sus antiguas preocupaciones contra la Iglesia latina. Enviaron á Jeremias, patriarca de Constantinopla (1575), la Confesion de Augsburgo, acompañada de un prólogo, en que procuraban probar que ellos conservaban la fe de los siete primeros siglos (1). Jeremias, que tenia un juicio recto y bastante erudicion, les respondió que solo honraban con palabras á los doctores de la primitiva Iglesia, que en la sustancia les era diametralmente contrarios; que muchas veces no habian podido ocultar con el silencio el desprecio que hacian de los Padres mas venerables; en una palabra, que eran unos novadores presuntuosos, que se preciaban de saber mas que la antigua y la nueva Roma. Como, á pesar de un desaire tan á propósito para confundirlos, todavia volviesen á la carga, publicó, con el título de *Censura de la Iglesia oriental*, una obra muy concluyente contra la mayor parte de los artículos de la Confesion de Augsburgo. Hé aquí cómo la termina con una recapitulacion que contiene toda su sustancia: «Supuesto que solo recibis (les dice) los Sacramentos que os agrada, con los errores que se os antoja mezclar en ellos, despreciando la serie de la tradicion y el depósito sagrado de las Escrituras canónicas, que truncáis y violentáis con osadía; supuesto que os atreveis á decir que, cuando el divino Crisóstomo aprobó el santo crisma, se dejó llevar del torrente de la ignorancia; supuesto que sostenéis, siguiendo á los judíos y á los iconoclastas, que la invocacion de los Santos y el culto de sus reliquias é imágenes son idolatrías ó necedades; supuesto que destruis la vida monástica, que es una imitacion de la de los án-

(1) Turco-Græc. l. 2.

geles, y la confesion de los pecados, que es tan antigua como la Iglesia, os declaramos que no queremos recibir de unos teólogos como vosotros la interpretacion de los textos sagrados que contienen estas verdades, y que os ciega un loco orgullo que os mueve á preferir sus producciones á las luces más claras de la santa antigüedad. Dejad, pues, de cansaros en componer cartas y en enviarnos vuestros escritos, porque nunca lograreis comunicarnos el desprecio que haceis de los Santos Padres, al mismo tiempo que fingís honrarlos, ni inutilizar en nuestras manos los preciosos frutos de sus trabajos, con los cuales quedan destruidos vuestros errores.»

No se ofende impunemente á la soberbia y vengativa heregia. De nada sirvió contra sus maniobras el que habitase Jeremias en el otro extremo de Europa, entre unos pueblos tan diferentes como los turcos, en orden á las disensiones de los cristianos, relativas á la Religion. Hizo tales esfuerzos la secta, que logró abrirse las puertas del serrallo, interesó á los eunucos y á todos los cabalistas tenebrosos, y consiguió que fuese depuesto el patriarca. Restablecido despues, le depusieron segunda vez y le enviaron á un destierro, desde donde pensó llevarle á Roma el Papa Gregorio XIII, cuyo calendario habia adoptado, y hacerle cardenal, pues en muchas ocasiones se habia mostrado favorable á la reunion de su iglesia con la latina.

Mejor éxito tuvieron en el electorado de Colonia los apóstoles de la heregia. Habiendo sido elegido arzobispo de aquella metrópoli, Salentino de Isemburgo, que era canónigo de ella, se enamoró perdidamente de una hija del príncipe de Ligne (1). Dejó esta silla y la de Paderborn, que poseia tambien aun sin ser sacerdote, por satisfacer su inclinacion y casarse con el objeto de sus deseos. Habia en esto una ridiculez bastante comun en el clero

(1) De Thou, l. 65.

de Alemania, donde se veian muchas personas condecoradas con los títulos de obispos y arzobispos sin haber recibido siquiera las órdenes sagradas. Pero aun habia sido mas desgraciada la iglesia de Colonia, pues su arzobispo Herman habia ya incurrido en la heregia por ignorancia, y en el concubinato por la heregia.

Habiendo sucedido á Salentino Gebhar Truchsés, de la ilustre casa de Walburg, en la Suavia, apenas habia ocupado la silla arzobispal, cuando tuvo la estravagancia de enamorarse de Inés de Mansfeld, religiosa del monasterio de Gerisheim (1). Sin considerar los respetos debidos á la Religion, á su estado y á su honor personal, se casó con aquella adúltera esposa de Jesucristo, y profesó la doctrina que legitimaba su sacrilegio. Un delito de esta naturaleza precipita por lo comun en otros muchos. Para dar estabilidad á su matrimonio infame y conciliarle la aprobacion pública, quiso alterar las ideas de su pueblo, haciéndole recibir la Confesion de Augsburgo. Se opusieron á ello con todas sus fuerzas los católicos y fueron protegidos por el Senado, el cual obligó además á una multitud de hereges extranjeros, establecidos poco antes en Colonia y favorables á los designios del arzobispo, á que saliesen de la ciudad en el término de tres meses. Habiendo hecho Truchsés algunas tentativas inútiles con el emperador y con la dieta del imperio, tomó el partido de recurrir á la violencia declarada, levantó tropas, tomó por sorpresa algunas ciudades, desoló los campos, saqueó los conventos, formó almacenes considerables, y tomó á sueldo tropas de algunos Estados protestantes de aquellas inmediaciones. El electorado armó tambien contra el elector, á fin de repeler la fuerza con la fuerza. En poco tiempo esperimentó aquella infeliz diócesis todos los desórdenes y excesos que un falso celo de religion es capaz de añadir á los horrores de las

(1) De Thou, l. 78.

guerras intestinas. Además de otros muchos desastres, fueron quemadas y enteramente destruidas las famosas abadías de Tuitz y Aldemberg.

En esta situacion el capitulo convocó una asamblea general de los Estados del pais, á fin de remediar sin tardanza un mal tan urgente. Asistieron á ella los diputados de las ciudades, y gran número de condes, barones y señores, con los embajadores del emperador, del rey de España y de muchos príncipes del imperio. Se declaró, que el arzobispo apóstata, seductor y perturbador público, habia perdido todo derecho á la obediencia de sus pueblos y á la fidelidad que le habian prometido, fundándose para esto en un artículo de la pacificacion de Augsburgo, en que se decía que si algun obispo, prelado ó cualquiera otro eclesiástico que hubiese recibido las órdenes sagradas, abandonaba la religion antigua, perdía todo derecho á su dignidad, y podria elegirse otro en su lugar. Despues de haber intentado el Sumo Pontífice, aunque inútilmente, por medio de sus delegados reducir á la penitencia al apóstata impúdico, pronunció su deposicion en consistorio pleno (1583), y el emperador mostró decidido empeño en hacer se cumplimentase este decreto á pesar de las instancias y amenazas paladinas de los príncipes protestantes. Se eligió en lugar de Truchsés al príncipe Ernesto de Baviera, obispo de Lieja, de Frisinga é Hildesheim, en quien concurría la circunstancia de ser descendiente de la casa de Austria por linea materna. En atencion á sus riquezas y á su poder, se creyó que era el mas á propósito, entre todos los pretendientes, para ocupar aquella Silla tempestuosa. Efectivamente, se conservó en ella, y el arzobispo casado se vió precisado á refugiarse con su mujer en un paraje distante, donde estando siempre con el objeto de su pasion y de su opróbio, tuvo tiempo para esperimentar que á su primera embriaguez habian sucedido los remordimientos y el disgusto.

Aunque los Estados generales de la Bélgica padecían tanto como cualquiera otro país con motivo de los disturbios y devastaciones que por todas partes llevaba consigo la heregía, no obstante, atendiendo á la instruccion, ó por mejor decir, á la depravacion de la juventud, establecieron entonces una universidad en Leiden, la dotaron copiosamente con los bienes robados á la Iglesia, y dispusieron que solo se admitiesen en ella catedráticos protestantes (1). Queriendo competir aquellos novadores sediciosos con su propio soberano, tuvieron por principal objeto oponer esta universidad á la de Douai, fundada doce años antes por Felipe II.

El jubileo universal del año 1575 movió á tantos fieles á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, que vino á probar que todos los escándalos de aquellos tiempos calamitosos no habian sido capaces de entibiar en el corazón de los verdaderos fieles los sentimientos de respeto para con la Silla apostólica. Concurrieron muchas personas de la mayor distincion, y entre otras, el gran duque de Toscana y el príncipe de Parma, y aun de Alemania, el príncipe de Clèves, que murió de edad de veinte años, al llegar al término de su piadoso viage. Fue tan grande la multitud de peregrinos vulgares que solo en el hospital de la Trinidad se alojaron de siete á ocho mil en un dia. El Papa y los cardenales se distinguieron como á porfía en la abundancia de sus limosnas. Concurrió tambien á este jubileo el santo arzobispo de Milan á quien habia convidado el Papa para que hiciese la ceremonia de la apertura, á fin de animar la piedad general, aun mas con la presencia de un modelo tan perfecto que con la unción de su elocuencia.

Adelantando Carlos de dia en dia en la carrera de las virtudes, y no olvidándose de ninguna de las cargas inmensas de la dignidad pastoral, acababa de fundar en Milan el seminario de nobles, á fin de proporcionar á estos

(1) De Thou, l. 60; Spond. ad ann. 1575.

ciudadanos de primer orden una educacion que promoviese y acreditase la virtud entre los demas (1). Estaba tan prendado de este establecimiento, que aunque habia puesto su direccion á cargo de personas de un mérito bien conocido, visitaba frecuentemente á aquella multitud de jóvenes, que eran la flor de veinte naciones, y queria asegurarse por sus propios ojos de los progresos que hacian en la piedad y en las ciencias. Era muy comun ver á este ilustre cardenal, movido del mismo celo que habia manifestado en otro tiempo para dirigir el concilio ecuménico, instruir á un niño en el modo de fijar los primeros afectos de su corazón en el autor de su ser, de hacer oracion con fruto, de examinar la conciencia, y de desempeñar con pureza de intencion todos sus ejercicios diarios. Restauró tambien la disciplina que observaba la Iglesia primitiva en el santo tiempo de Adviento, el cual empezaba antiguamente en el dia de San Martin y habia dado ocasion á las diversiones profanas de esta fiesta. No contento con abolir los banquetes y los juegos indignos de un tiempo tan santo, logró que no solo sus familiares, sino tambien el mayor número de sus diocesanos, observasen la abstinencia total de carne, y ayunasen tres dias cada semana. Asimismo consiguió que las mugeres se presentasen en la Iglesia con velo en la cabeza, segun el precepto antiguo de san Pablo. Las costumbres del país, que al parecer hacian alli la reforma mucho mas necesaria que en otras partes, facilitaron igualmente su ejecucion.

No obstante, esperimentó San Carlos las contradicciones mas sensibles y hasta una verdadera persecucion por un punto de reforma cuya necesidad era mucho mayor que la del velo. Se acostumbraba entonces en Milan, del mismo modo que ahora, segun el rito Ambrosiano, no principiarse la Cuaresma hasta el primer domingo. No contentos los milaneses con

(1) Giussan. l. 3 y 4.

semejante indulgencia, empleaban este domingo, por un abuso inescusable segun sus propios principios, en espectáculos y en todo género de desórdenes, de manera, que realmente no principiaba la Cuaresma hasta el primer lunes. Proscribió el arzobispo, é hizo proscribir legalmente este abuso; y despues publicó una exhortacion pastoral y luego un decreto en forma, con imposicion de censuras, contra los espectáculos que se estaban ya preparando para el primer dia de la Cuaresma próxima. Obedeció el pueblo á su santo prelado, y fueron muy pocas las personas que se dejaron ver en el espectáculo; pero enfurecido el gobernador con una providencia que le parecia injuriosa á su autoridad, é irritado como ya estaba muy de antemano por la firmeza del arzobispo en mantener la jurisdiccion eclesiástica, le suscitó hasta en España, y aun en la misma corte del Papa unas dificultades y tropiezos, que fueron quizá los mas penosos que esperimentó en toda su vida. Quería el Señor que fuese en aumento la perfeccion y la gloria de su siervo; y así su virtud salió mas pura y brillante de la nube con que habian pretendido oscurecerla; y siendo en lo sucesivo igualmente recomendable para con las dos potestades, gozó de toda la autoridad en cuya defensa se interesaba solo porque triunfase la de Jesucristo.

Antes de esta borrasca no habia podido menos el gobernador de Milan de admirar en el arzobispo un heroismo, de que él mismo no se juzgó capaz, sin embargo de ser gefe de la fuerza armada. El concurso de los peregrinos que con motivo del jubileo asistieron á Roma desde todas las partes del mundo, ocasionó en aquella ciudad una peste cruel, que no tardó en cundir por toda Italia, é hizo los mayores estragos en Milan. El gobernador y los principales señores abandonaron esta capital desolada, mientras el santo cardenal, que habia ido á asistir al obispo de Lodi en su última enfermedad, volvía volando á socorrer á su pueblo, luego que tuvo noticia del azote que le afli-

gia (1576). Al momento se vió rodeado de un tropel innumerable que pedía misericordia é imploraba su asistencia, como pudieran hacer unos hijos con su propio padre. Los dependientes de su casa, sus amigos, y una multitud de personas sábias y virtuosas fueron á verle, especialmente cuando supieron que estaba resuelto á asistir por sí mismo á los apesados, y le aconsejaron que se retirase á un paraje sano, desde donde pudiese dar sus órdenes para el cuidado de los enfermos, haciéndole presente que era deudor de su persona á toda la diócesis, de la cual no era mas que una parte la ciudad de Milan, y que en su conservacion se interesaba toda la Iglesia, mucho mas que en la de otros obispos, por cuyo medio no habia manifestado Dios querer ejecutar tan grandes cosas. Carlos, que amaba entrañablemente á sus ovejas para que pudiese aceptar estas máximas, citó el ejemplo de los santos obispos de todos los siglos, que en iguales circunstancias no se habian detenido en esponer su vida por su rebaño. Y habiéndosele respondido que aquella era una obra de perfeccion y no de obligacion, replicó: «¿Es una obra de perfeccion? Pues para mí es ya una obra de obligacion, porque el episcopado es un estado perfecto, y yo soy obispo.»

Hizo pues en seguida su testamento, dejando á sus herederos lo que les correspondia segun las leyes; señaló varios legados á sus familiares y á muchas iglesias, é instituyó por su legatario universal al hospital general de la ciudad. Redobló sus austeridades y maceraciones, sin embargo de que ya eran asombrosas, prolongó sus oraciones y viglias, ayunó rigorosamente todos los dias, no tenia mas cama que unas tablas desnudas, ni se abrigaba con otra cosa que con una mala manta. Se consideraba como una víctima cargada con todas las iniquidades de su pueblo y obligada á sacrificarse por él, á ejemplo del Salvador de los hombres. Envió á la casa de la moneda toda su vagilla para reducirla á dinero y dis-